



» EVA «

EN EL ÁLBUM DE LA SRITA. EVA CEBALLOS.

Se extinguieron los mecheros de gas; en los muros blancos y desnudos del templo evangélico se acurrucaron las voces de las cantantes y los místicos acordes del harmonium; y el adolescente rubio ejecutante salió á confundir la inquietud de su espíritu con la noche tenebrosa.

* * *

Era enfermizo, soñador, piadoso con la piedad austera y seca de los reformistas. Nunca la mujer había turbado su imaginación brumosa de septentrional; pero aquella noche de culto, que el pastor leyó los dos primeros capítulos del Génesis, el adolescente de miradas celestes se sintió profundamente turbado por estas tres letras adorables: EVA.

* * *

Jamás le había ocurrido mirar de frente á las mujeres; era huérfano, vivía aislado, y sólo amaba á Jesús Redentor, Libertador, Fundador de la verdadera y única independencia del espíritu.

Con las tres letras adorables flotando en su imaginación brumosa, recorrió la ciudad, mirando á intervalos los astros, que al cintilar, parecían sonreír brillantemente de su inquietud y escribir aquel nombre en fulgurantes y siderales caracteres, sobre el amplio firmamento.

* * *

Acertó á pasar frente á una Quinta que despedía luz, música, risas y perfumes. Atravesó receloso y tímido el jardín, y al llegar junto una ventana, se detuvo enmudecido y sintiendo cómo el alma se le arrodillaba ante la belleza despótica y dominadora.

* * *

En vertiginosa visión albeante, en torbellino de encajes niveos y de irisadas piedras, miró una cabeza admirable de mujer, llevando arrogante tenebroso casco de cabellos, y bajo la límpida frente ancha, dos esfinges fulgurantes y negras escondían sus impenetrables secretos, entre las rizadas gasas oscuras de pestañas largas.

* * *

El arcángel de tenebroso casco de cabellos se perdió en la oleada de perfumadas bellezas.

Las esfinges negras lanzaron fulgor esplendoroso amortiguado á través de las oscuras gasas rizadas; y el piadoso adolescente se alejó de allí más inquieto, al mirar la dominadora belleza meridional, imponiéndose despótica á la pálida y anémica hermosura del Norte.

* * *

Se alejó suspirando, y si para calmar su turbación levantaba al cielo las pupilas azules, miraba á los astros sonreír brillantemente y escribir: ¡EVA! sobre el amplio firmamento con luminosos caracteres siderales.

México, 29—IX—1894.

ALBERTO LEDUC.